

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

3



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1962

CIBNCIAS SOCIALES
Sección Cuarta

LA UNIVERSIDAD DEL PORVENIR

LIC. ALBERTO GARCÍA GÓMEZ
Universidad de Nuevo León

INTRODUCCIÓN

No es necesario verificar un examen profundo para llegar al conocimiento de que el mundo actual se encuentra en un estado grave de descomposición moral y social, la que necesariamente se refleja en el orden de las instituciones haciendo ineficaz o nugatoria su acción, lo que, en general, ofrece perspectivas a un trágico y decisivo final bélico.

Ostensible es el desprecio o rechazo del hombre moderno hacia las "cosas" del espíritu, lo que también se refleja en la cultura. La consecuencia de todo esto ha producido un clima propicio al florecimiento de pasiones incontrollables, en el que la inquietud y la angustia han sometido al hombre a peligrosas tensiones.

En el gran escenario internacional, en donde ya se ventilan los grandes acontecimientos de nuestra era, son de advertir los esfuerzos desarrollados por la *Organización de las Naciones Unidas* en su lucha por el mantenimiento de la paz y de la seguridad en el mundo, cuando una guerra fría puede convertirse en el principio del fin, con el siniestro peligro del empleo de las formas de destrucción que la ciencia moderna ha alcanzado: la guerra nuclear, la que permite no solamente la destrucción masiva, sino la desintegración a través de la radiación y de la herencia genética del hombre; la destrucción química, que incluye los gases nerviosos, que nulifican la personalidad humana y la guerra biológica.

En este precario momento histórico, trascendental como nunca, la síntesis que de carácter inmediato sería posible establecer en torno al tema que nos sirve de estudio, podría quedar circunscrita con la formulación de la siguiente pregunta: ¿Es la Universidad —entre otras instituciones— una po-

sible solución a los gravísimos problemas que tiene ante sí el hombre en el presente y en lo porvenir?

Esta reflexión que pudiera parecer utópica, dado lo real y complejo de los factores determinantes de la situación apuntada, pudiera, no obstante, encerrar un medio positivo y valedero ante el lamentable fracaso de otros tipos de intentos en el pasado, como en el caso de la extinta *Sociedad de Naciones*, la que a pesar de la nobleza de sus propósitos, no pudo frenar o evitar el desenlace funesto del empleo de la guerra para resolver los conflictos humanos con todas sus consecuencias.

La radicación del problema se encuentra precisamente en ese estado moral y social decadente en que la Humanidad se halla, el que señala el fin de una época y en el de la de una radical transformación, especialmente en el orden de la cultura, considerando su alto valor educacional, para aplicarla de acuerdo con las inaplazables exigencias de la nueva Era que ya se ha iniciado, la que reclama, a su vez, un nuevo Orden Social.

Los intentos de aplicación de la cultura como medio para la solución de los problemas que siempre han aquejado a la humanidad, no son una novedad, porque en el fondo del corazón y de la mente humana ha sido siempre un anhelo el utilizar a la cultura para prevenir al hombre del odio, si bien muchos de esos intentos han sido tildados de irreales, como así fue señalado el pensamiento de Renán al creer en las propiedades pacificadoras de la cultura.

Pero en el caos que es posible advertir en el mundo actual, el empleo de la cultura, pese a los aspectos utópicos que pudieran atribuírsele, para los fines de *comprensión y conocimiento*, aparece si no como una panacea, sí como un camino salvador y de elevación dignificadora de la vida humana, sin olvidar, obviamente, lo propio interno, porque es precisamente el hombre y en el hombre en donde puede encontrarse el campo de aplicación de la cultura, alejada de ideas o motivaciones de materialismo negativo, impregnadas de odio y desprecio hacia los supremos valores perennes del espíritu, frente a una nueva situación sociológica en que el hombre no está debidamente preparado, o bien, para evitar una guerra que pondría el fin a su propia existencia.

No es, pues, una pretensión utópica, que en ese campo sombrío y confuso en que vive el hombre moderno, como resultado de su desdén a los valores espirituales y de su apego a lo material, el que la cultura —en su más genuina expresión— aparezca como uno de los medios más adecuados e idóneos, no sólo para la propia exaltación del espíritu, que es su misión primigenia, al encontrar éste en la cultura sus más plenas y vitales manifestaciones, sino aun por el interés de su conservación, ya que si bien la cultura no es el único ni el más decisivo camino de salvación, considerando la complejidad apun-

tada en la situación prevaleciente, si constituye un poderoso factor cuya valía imponderable no puede ser menospreciada, sino por el contrario, estimulada y enriquecida en estos momentos históricos de crisis de los valores espirituales y de vivo conflicto —espíritu y materia— como nunca lo fuera en lo pasado y decisivo en lo porvenir por sus letales resultados. Con cuánta razón Fernando de los Ríos, partiendo del hecho histórico de la tendencia secular del hombre, pese a su propia vocación y naturaleza, a desdeñar lo espiritual, señalaba la escisión entre el "saber" y el "deber" humanos; "divergencia en que el saber sigue atropellado, un camino, y por otro camino, más que rezagado, va menospreciado el deber. Y como el Renacimiento tomó como ciencia tipo la matemática, se produjo desde aquella Edad, en todo el proceso cultural, una aceleración de la matemática a la física, de la física a la mecánica, de la mecánica a sus instrumentos, y los hombres terminaron sujetos a ellos, y lo que es peor, creyendo más en los instrumentos que en sí mismos".¹

De significativa importancia resultan así los esfuerzos encaminados al empleo de la cultura como un medio que posibilite la unión entre los hombres, como entre los pueblos, por eso son dignos de reconocimiento y alabanza los esfuerzos realizados por la Conferencia de Londres, de noviembre de 1945, en la que se acordó la constitución de la *Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura* (UNESCO), cuyos básicos principios están dirigidos a tal fin, organismo internacional del que hablaremos al estudiar el tema de la cultura.

No es el caso de establecer una vez más la supremacía del espíritu, el que, como esencia humana, se ha sobrepuesto y superado a la incomprensión y a la estulticia, cuando no a las grandes catástrofes que la propia mano del hombre ha desencadenado en todos los tiempos. Una vez más el espíritu, faro inextinguible de luz, cuya preservación no necesita de exégesis, constituye un elemento inapreciable en la tarea de salvar al hombre de la trágica encrucijada en que se ha colocado; camino que, en otro aspecto, no puede ni debe ser avasallado por un materialismo sofocante, impulsado sólo por metas —que no por ideales—, cientificistas, carente de una moral, frío y antihumano, porque mientras más se aleje el hombre de sí mismo, y por ende de los demás hombres, al despersonalizarse, pretendiendo ignorar al espíritu y las cosas que de él se derivan, hace nugatorios los medios para llegar a la comprensión, al diálogo y a la convivencia en general, con percusiones no solamente en lo nacional, sino en lo internacional, la realidad sociológica que es el signo y la característica de nuestro tiempo.

¹ GABRIEL DEL MAZO, *La Reforma Universitaria y la Universidad Latinoamericana*, p. 84, Buenos Aires.

Frente al hecho portentoso de la casi posesión y dominio de la materia por la vía científica, legítimamente podría preguntarse cuáles son los objetivos que animan y guían a ese progreso siempre ascendente, porque ya en nuestra era es casi inevitable el tocar el tema de la eminencia de la guerra, en la que se emplearían esos aniquilantes adelantos científicos; si bien, claro es, con el entendimiento de que la naturaleza de tal guerra sería totalmente distinta de cuantas hayan acontecido en el pasado y llevada a cabo entre dos trincheras invisibles; pero no por ello menos reales, las que agruparían cada una a la humanidad entera. En caso de la realización de tan fatal evento, ¿acaso se trataría de salvar al hombre y con él a su descendencia y a su cultura, proporcionándoles bienestar? Por desgracia esta interrogación que el hombre de nuestros días se formula en forma de clamor angustiado no tiene respuesta, porque muy otros, oscuros y siniestros son los propósitos que animan a un posible Caín, víctima de ciegas pasiones al olvidar las normas y los principios inmutables. La paz, la verdadera paz, no es con mucho la pretendida arcadia de los lobos con piel de oveja que acechan el mundo.

En la peligrosa distancia que se ha establecido entre el hombre y el hombre, por la postergación y desdén de los valores espirituales y por la abstrusa cuanto insensata apetencia del poder mundial, la cultura es el puente que hermana y acerca y en ese anchuroso campo, la Universidad, por la índole de su ser y de su misión, se yergue como centro espiritual y cultural por excelencia, como fuente y guía, nutrida a través de los siglos con el penoso acumular de conocimientos y de experiencias vitales que son propicias al hombre para su redención, sacándolo del error y previniéndolo del odio fratricida y, por último, advirtiéndolo la realidad de las nuevas circunstancias históricas en que vivimos.

Así, pues, permítasenos hacer un esbozo futurible de la presencia de la Universidad y de su acción vivificadora, no sólo en el mundo de la cultura, con objeto de estudiar su posibilidad creadora del conocimiento, y por ende, de la propia cultura, proyectada al hombre, con objeto de que se constituya en vía luminosa que lleve del error a la verdad y sea factor básico y determinante de acercamiento y de paz para los hombres en lo porvenir.

I

EL ESPÍRITU

La importancia de las palabras del maestro José Vasconcelos, por desgracia desaparecido ya, aplicadas al lema de la Universidad Autónoma de Mé-

xico: "*Por mi Raza hablará el Espíritu*", están muy por encima de cualquier examen superfluo e invitan a la reflexión. Somos seres esencialmente espirituales, pese a la indiferencia o rechazo de algunos pensadores en tal sentido, o bien, a la sensible degradación y bancarrota de las "cosas" espirituales, tal como se encuentran en nuestros días.

La cultura, como fruto esencialmente espiritual, ha tenido expresiones de la mayor riqueza y plenitud en el decurso temporal e histórico. No se precisa volver las hojas de la historia hacia la más remota antigüedad, para comprender que con la aparición del hombre, éste deja sentir simultáneamente, en forma inobjetable —si bien primitiva— la huella de su espíritu. Negar al espíritu sería negar la calidad esencial del hombre mismo.

Dentro de las más ricas experiencias obtenidas por el hombre, no solamente en contenido, sino como disposición natural, en lo religioso el espíritu ha encontrado la más profunda satisfacción a su congénito anhelo de eternidad y un camino que lo ha llevado a la concepción de excelsitudes y alturas inconcebibles, dentro de la natural insuficiencia del hombre mismo en esa proyección maravillosa hacia lo infinito. Ortega y Gasset, profundamente, escribiría: "La emoción de lo divino ha sido el hogar de la cultura y probablemente lo será siempre".²

Así, en lo temporal y cultural, el espíritu se vuelca primeramente en el campo de lo religioso, en concordancia con su necesidad de Dios. El arte —forma cultural por excelencia— recibió impulsos de sutil inspiración y de trazo genial bajo el signo de lo religioso, así la riqueza y variedad de las grandes y menores obras artísticas, creadas por motivaciones religiosas es imponderable. Catedrales altivas, como sencillas ermitas, pagodas, monasterios y templos de todas denominaciones, pintura, literatura, y el hecho mismo —profundamente humano— de la expresión de lo religioso, son evidencia y demostración que habla en el altisonante cuanto significativo lenguaje de esa tendencia a la divinidad, o bien en el mudo, pero no menos elocuente de una piedra labrada o de una pincelada tenue que enclava la vista de un santo hacia lo alto, plasmada en algún retablo de ignota capilla. Así se abren épocas, eras, centurias y décadas, jalones significativos de la historia humana al correr de los tiempos. En todos y en cada uno de los rincones de la tierra hay pruebas y señales de esas manifestaciones espirituales del hombre en pos de lo divino y eterno, como demostración prístina del espíritu en el hombre, elevación dignificante y diferenciadora de otros especímenes animales.

Scheler pensó que "si ninguna otra cosa probara la existencia de Dios, la probaría la imposibilidad de derivar la disposición religiosa del hombre a

² FERNANDO SALMERÓN. (I 430). *Las Mocedades de Ortega y Gasset*, p. 83.

otra cosa que a Dios", y por su parte, Agustín Basave Fernández del Valle ha escrito:

"El hombre no puede librarse de la religión porque es congénita con su esencia, los hechos religiosos se encuentran en todos los pueblos. Esta religiosidad, constante y universal, está basada en la necesidad moral de la religión". "El hecho de la universalidad de la religión es tan manifiesto —asegura Quatrefages— que los más eminentes antropólogos no vacilan en aceptar la religiosidad como uno de los atributos del reino humano. El arte, la moral, el Estado, la ciencia, la filosofía, el lenguaje, la técnica y todo cuanto el hombre produce o modifica y la misma actividad productora o modificadora integran la cultura. Y la cultura —realización y esfuerzo— no es más que un medio al servicio de un humanismo teocéntrico. Desarraigado de ahí donde tiene el hombre sus raíces, la cultura es un vano fetiche que termina por disolverse en la nada.

"Cultura es objetivización del espíritu. Espíritu es lo específicamente humano del hombre, lo que produce el lenguaje, el arte, la moralidad, el derecho, etc. Como protagonista de la cultura, el hombre la crea y la vive. Pero los entes culturales no son estáticos sino que cambian y se modifican participando de la naturaleza admirable del hombre. Como específicamente humana es la cultura, es el mundo propio del hombre, su ambiente más cálido y cercano. Como instrumento al servicio de la salvación del hombre, la cultura está coloreada de religiosidad en todos sus aspectos: 1) formaciones; 2) útiles; 3) signos; 4) formas sociales; y 5) educación". (La clasificación de estos cinco grupos o tipos generales de productos culturales, es de Hans Freyer y está contenida en su Teoría del Espíritu Objetivo).³

II

LA CULTURA

La proyección de este estudio requiere un análisis, si no total, al menos que nos permita acercarnos al concepto o a los conceptos de cultura, los que han variado de acuerdo con su propia evolución hasta llegar a la *Filosofía de la Cultura*, como la más alta expresión que nos habla del reconocimiento de su trascendente valía, así como de la significación que encierra para el hombre. Comte, Wundt, Windelbald, Rickert, Lask, Münch, Dilthey, Spranger, Scheler, Hartmann, James y Dewey, así como Ortega y Gasset —citados por Recaséns

³ DR. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, *Filosofía del Hombre*, p. 295.

Siches—, constituyen una pléyade de expositores que han establecido diversas teorías sobre la cultura, sin mengua de los antecesores, como en el caso de Renán.

Por su parte, el propio Recaséns Siches aporta en su *Teoría de la Cultura*, como vida humana objetivada, nuevas luces sobre este punto tan singular. Este autor afirma que la cultura la constituyen, "no solamente las obras preclaras, sino también todas las manifestaciones —en número ingente—, de las actividades de los hombres, que dejan una huella o signo expresivo, por muy humildes que sean: el letrero indicador de una carretera, el hacha de sílex rudimentaria, el consejo trivial contenido en un refrán, la indicación de "se prohíbe fumar", la forma elemental de un trueque, el convencionalismo intrascendente, la carta familiar, etc... Esas cosas no constituyen espíritu objetivo como algunos pensadores han pretendido, sino pensamiento humano objetivado. Su índole, su ser esencial consiste en pensamiento; pero, adviértase bien, en una forma peculiar de pensamiento, porque no es pensamiento vivo, es decir, no es pensamiento que está siendo pensado, producido por una mente, sino pensamiento ya pensado, ya hecho, separado de la conciencia en que se gestó, pensamiento objetivado, pensamiento cristalizado, pensamiento convertido ya en cosa, es decir, en objeto". Y agrega, al hablar de la estructura de las objetivaciones de la vida humana, que poseen una estructura análoga a la de la vida humana propiamente dicha, esto es, de la vivida por los individuos, pues en fin de cuentas, son su producto, su cristalización; tienen, por consiguiente, la estructura de los humanos haceres, es decir, son obras expresivas, o son además obras con un propósito y entonces responden a un *porqué* o *motivo*, y se orientan hacia un *para qué* o *finalidad*.

Pero tales objetos, aun poseyendo la misma estructura de la vida humana, en tanto que cristalizados, carecen de todo dinamismo —que es lo que caracteriza la vida de los individuos—, no cambian, son inmóviles, rígidos, inertes, no son el hacer, sino lo hecho; no son actos, sino cosa; no son agentes, sino huella. "La cultura, para Recaséns Siches, en resumen, es lo que los miembros de una determinada sociedad concreta aprenden de sus predecesores y contemporáneos en esa sociedad, y lo que añaden y modifican. Es la herencia social utilizada, revivida y modificada".⁴

Con la exposición anterior es posible obtener la panorámica que nos permite avizorar las posibilidades de la cultura, de acuerdo con los propósitos de nuestro estudio. La cultura, por tanto, ha sido el producto de elaboraciones individuales que lentamente se han ido gestando y que han determinado el grado de perfeccionamiento alcanzado en nuestros días, jamás soñado por el hombre, el que

⁴ LUIS RECASÉNS SICHES, *Sociología*, pp. 154 y 155.

así disfruta y emplea esa obra humana por excelencia, realizada a través del tiempo, por lo que, reconocido su valor intrínseco, es posible establecer su adecuación y empleo en la tarea de acercar a los hombres por medio del *conocimiento* y de la *comprensión*, tarea que puede y debe realizar la Universidad, como así veremos adelante.

Al hablar de la cultura también se habla de las culturas, "formas" de ella, en el pensamiento orteguiano, si bien se deduce que estas últimas están comprendidas en aquélla, con sus características propias o tintes peculiares, como cuando se habla de la cultura griega —ejemplar por excelencia—, de la cultura romana, etc.; pero son ríos que van a la mar o vienen de ella. Las culturas, en razón de las circunstancias y de la acción del tiempo, se nutren unas de otras, como lo fueron unas antes que otras, como florecieron unas y otras decayeron, hasta llegar a la síntesis, que es la cultura misma y que constituye el acervo máspreciado.

En Ortega y Gasset, como en otros filósofos, la cultura constituye naturalmente motivo de reflexión y forja algunos conceptos acerca de ella, como cuando la estima como un conjunto de bienes culturales y de experiencia histórica que un pueblo posee, o bien, cuando la considera como elaboración, henchimiento progresivo de lo específicamente humano. "Pero —en opinión de uno de sus comentaristas, Fernando Salmerón— es sin duda, Renán, quien se encuentra detrás de todo el ensayo relativo a la cultura en Ortega, principalmente de aquellos pasajes que describen entre las características de la cultura ciertas virtudes místicas y utópicas, que hacen esperar de ella la paz definitiva entre los hombres: *Hominis ex cultura amici*. Renán percibió —según Ortega— la lenta germinación de la paz sobre la tierra, la unidad humana que pausadamente se organiza en el proceso de la historia y pudo ver la gran sinfonía donde se justifican todas las acciones, en donde todas las cosas se ordenan y adquieren ritmo y valor, es la cultura".⁵ Fernando Salmerón cita, también que muchas frases de Renán sobre estos asuntos pueden hallarse en *L'Avenir de la Science*, pero principalmente en los *Dialogues et Fragments Philosophiques*, agregando que "la idea de Renán de la cultura como labradora de paz, se repite en una pequeña nota del mismo año titulada *Una Fiesta de Paz*, sobre el centenario de la Universidad de Leipzig. El órgano de la cultura que es la Universidad es también el órgano de la paz" I, 125.⁶

Otros esfuerzos pudieron al fin abrirse paso considerando a la cultura como un medio idóneo para obtener la paz, en esos casos, si así se le denominó, las utopías han constituido las más bellas cosas realizadas por el hombre,

⁵ LUIS RECASÉNS SICHES, *ibid.*, p. 160.

⁶ FERNANDO SALMERÓN, *ibid.*, p. 87.

por tanto no es posible desconocer esos intentos generosos en pro de tal objetivo, los que, alejados de la idea de que la cultura empleada como medio de comprensión entre los humanos pudiera ser una utopía, cristalizaron y han fructificado en benéficas realidades. Cabe mencionar así el verificado por la Federación Mundial de Asociaciones de Educación (1923), establecida a iniciativa de los Estados Unidos de Norteamérica, así como los desarrollados por personas e instituciones similares.

Ya en nuestro tiempo, destácase una institución que obedeciendo al principio de que el empleo de la cultura y de la educación pueden constituirse como elementos pacificadores, lo hizo suyo como su misión fundamental de trabajo, tal es la *Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura* (UNESCO), la que vio la luz en el año de 1945 y que agrupó en su seno a representantes de cuarenta y cuatro países, los que se reunieron en Londres, recién terminada la Segunda Guerra mundial. La UNESCO, constituye ya una seria realización y un esfuerzo único en la historia de la humanidad, como un ejemplo aleccionador, cuya constitución se formó en bases inspiradas en los principios que sostienen el que la cultura puede realizar la verdadera comprensión entre los hombres. Dada la naturaleza internacional de este organismo, su ámbito se extiende por todo el orbe, de acuerdo con las nuevas y contrastadas exigencias sociales y jurídicas por las que atraviesa el hombre; por lo que estimamos necesario, aunque sea brevemente, el estudiar sus principales características con objeto de penetrar en el contenido e ideario de esa institución tan significativa.

Walter H. C. Laves y Charles A. Thomson, quienes participaron ampliamente en actividades dentro de la UNESCO, han producido una obra, que con este título, nos presenta importantes aspectos de ella. Esos tratadistas afirman que: "Aunque era necesaria la reconstrucción educacional de los países dañados por la guerra, entre los que se encontraban principalmente Polonia, Grecia y las Filipinas, lo que ciertamente había consternado a los Delegados reunidos en Londres, era la contemplación de la *devastación de los valores, tanto morales como espirituales*, debido a los efectos de la guerra, así como por los del Totalitarismo y la necesidad ingente del *entendimiento internacional* para la preservación de la paz en el mundo, el que necesitaba de una *desintoxicación moral*". El Primer Ministro Inglés Attlee denunció "la práctica totalitaria de poner una cortina alrededor de las mentes de los pueblos".

En la Conferencia de Londres, se señaló que el principal peligro era el Nazismo, con su agresivo nacionalismo, su racismo y brutalidad, así como también a sus adláteres: el fascismo italiano o el militarismo japonés. *Los Delegados determinaron crear una Agencia para hacer de la educación un instrumento de la paz*, así como para señalar los horrores de la guerra.

Los participantes en la Conferencia de Londres, reconocieron e identificaron los inequívocos términos de las causas educacionales y morales de la guerra; pero también estaba en su mentes el papel positivo de que la *comprensión internacional* era necesaria acerca de una paz segura.

Clement Attlee, había afirmado en cierta ocasión, lo que ya se encontraba en muchos labios en el año de 1930: "*Las guerras empiezan en la mente de los hombres*". León Blum, por su parte, indicaba que el propósito del nuevo organismo, sería, pues, establecer "*el espíritu de paz en el mundo*". La educación debería reconocer, la unidad de la raza humana".⁷

Estas ideas habrían de germinar en el significativo Preámbulo a la Constitución de la *UNESCO*, en el que se leen estas palabras: "los Gobiernos de los Estados, partes que integran esta Constitución en nombre de sus Pueblos, declaran:

"Que desde que las guerras empiezan en la mente de los hombres, es en el pensamiento de los hombres en el que las defensas de la paz deben construirse;

esa ignorancia en la forma de ser y de vivir de cada uno, ha sido la causa común, a través de la historia de la humanidad, de la sospecha y de la desconfianza entre los pueblos del mundo, a través de lo cual, frecuentemente sus diferencias han determinado como desenlace la guerra..."⁸

De no menos importancia, también, resulta el texto del Artículo I de la Constitución de la *UNESCO*, el que a la letra dice:

"El propósito de la Organización es contribuir a la paz y a la seguridad por la promoción de la colaboración entre las Naciones *a través de la Educación, la Ciencia y la Cultura*, en orden a hacer un cercano y universal respeto por la Justicia, por el imperio de la Ley para los derechos humanos y las libertades fundamentales, como así lo son afirmadas por los Pueblos del Mundo, sin distinción de raza, sexo, lenguaje o religión, en la Carta de las Naciones Unidas".⁹

En el inciso b, de la Sección II, entre otros puntos también se habla de

⁷ WALTER, H. C. LAVES Y CHARLES A. THOMSON, *UNESCO*, p. 88. Indiana University. Bloomington. 1957.

⁸ UNESCO. Constitución, p. 3.

⁹ UNESCO. *Ibid.*, p. 4.

"*Give fresh impulse to popular education and to the spread of culture*", o sea, "el dar un franco impulso a la educación popular, así como a la propagación de la cultura".¹⁰

En fin, esa Constitución está dirigida a todos los ángulos posibles a una debida organización para realizar esa magna tarea de educar, de preservar y de extender la cultura y de su aplicación por todos los medios a su alcance, a efecto de llevar el convencimiento al hombre y educar su espíritu para obtener "*la paz, a través del entendimiento*", que es la síntesis de su ideario.

La importancia de este principio es de profundo contenido: "La *UNESCO* se inició con solamente una vaga y esperanzadora presunción acerca de las relaciones entre la *Educación*, el *Entendimiento* y la *Paz*".

El término "entendimiento internacional" no se definió en la Constitución, como tampoco lo fue su significado en la Comisión Preparatoria, en las primeras sesiones de la Conferencia General. Sin embargo, análisis críticos de las relaciones entre el término "*entendimiento*" y el de "*paz*", indican que éstos tomaron tiempo para ser desarrollados y comprendidos en su más aproximada significación.

"En la planeación del problema sobre este punto, en el año de 1950, se empezó ya a obtener un cierto grado de claridad. En parte, se debió a la presión de los Estados miembros, especialmente de los Estados Unidos, con objeto de establecer claramente que la promoción sobre el entendimiento internacional, no significaba propugnar por un gobierno mundial. También resultó de un progreso logrado en la formulación de un programa sobre Ciencia Social el cual involucraba la consideración de cómo ésta debería contribuir al entendimiento internacional..."

"Desde el principio, los dirigentes de la *UNESCO* observaron que era necesario establecer claramente que el entendimiento internacional no significaba menosprecio de la lealtad debida a lo nacional. La relación entre el patriotismo y el entendimiento internacional, así como la cooperación, fue claramente estatuido en 1945, en Londres, y posteriormente en 1954, en París..."¹¹

Sin embargo, el término "*entendimiento internacional*" —prosiguen los autores mencionados— era suficientemente amplio y vago para intuir, por lo menos, dos ideas diferentes. La primera, y que fue la que prevaleció, fue expresada por Lyman Bryson, de la Universidad de Columbia, quien en el verano de 1947, preparó un memorándum sobre este tema a instancias del Director General de la *UNESCO*.

Para este autor, la comprensión internacional significaba "*una clase de conocimiento, una actitud, que guiaría a los Pueblos de cada Nación a sentir*

¹⁰ UNESCO. *Ibid.*, p. 6.

¹¹ WALTER H. C. LAVES Y CHARLES A. THOMSON, *UNESCO. Ibid.*, p. 67.

amistosa frente a los Pueblos de otras naciones y a cooperar en las empresas internacionales". Para otros, la comprensión internacional implica una actitud objetiva, una sobria comprensión de la conducta de otros pueblos, ya sea que éstos vivan como *amigos* o como *enemigos*.

En el primer concepto, se encuentra el elemento de comprensión, basado en la *simpatía* —sim-phatía y com-pasión, según lo aconsejaba el eminente humanista Gabriel Méndez Plancarte—, el que implica una amistosa y favorable actitud que conduce al mutuo acuerdo.

El segundo concepto descansa en el sentido de una comprensión de carácter intelectual. "Sin embargo, el programa de la UNESCO no ha distinguido claramente entre estos dos conceptos. En la práctica, esta Organización ha actuado en ambos sentidos".¹²

III

LA UNIVERSIDAD

Si en el aspecto religioso, tan íntimo y propio del ser del hombre, éste ha satisfecho su innegable tendencia, otros objetivos y múltiples interrogaciones le acosan en el mundo que le rodea. El hecho de la cultura, convertida gracias al propio esfuerzo humano, en un campo de ilimitadas posibilidades, es a no dudar, la segunda motivación que atrae la atención del espíritu humano.

Esas múltiples interrogaciones que rodean al hombre le producen una ansia natural de saber, pero el conocimiento no podría ser ni estar desorganizado; por tanto, nació la necesidad de clasificar y de establecer una necesaria jerarquización del conocimiento como un patrimonio que en lo temporal habría de alcanzar elevadas alturas, produce otro hecho de no menor importancia como lo es el nacimiento de la Universidad, como respuesta a la exigencia espiritual humana. Aunando a lo anterior y a determinadas circunstancias históricas, se formaría el clima propicio en que nace la Universidad, como institución única y capaz de encauzar la inquietud intelectual y que habría de constituirse en la depositaria de los iniciales esfuerzos en pro del saber.

El medio religioso, sin embargo, habría de ser auxiliar inapreciable en esta obra grandiosa de génesis de cultura preuniversitaria. Así los religiosos en el silente taller monacal desarrollaron el esfuerzo inigualable de salvar el preciado tesoro del pensamiento Helénico y Romano, sin cuya acción hubieran

¹² *Ibid.*, p. 43.

quedado rotos fatalmente los hilos vitales de esas culturas y se habría perdido el antecedente fundamental y lógico de la presente.

"La Universidad —nos dice Agustín Basave Fernández del Valle— dígame lo que se quiera sobre sus muchos defectos en materia de enseñanza, es la institución de máxima jerarquía en la interpretación de la cultura. Sólo en los claustros universitarios se trasciende el especialismo y el localismo para encontrar la dimensión universal de la cultura".¹³

Así, es posible afirmar que la cultura es presencia del espíritu y una de sus más caras conquistas la existencia de ese valor.

Al constituirse la Universidad en la sede y asiento natural del espíritu, tiene una noble misión, la que, por desgracia, no siempre ha podido escapar a la influencia de los impulsos políticos que han desvirtuado esa específica misión trascendental, pretendiendo relegarla a una de sus funciones subsidiarias, como lo es la de crear profesionales, en un mundo que exige más y más la presencia de la Universidad en actividades acordes a su propia función social.

Gabriel del Mazo señala que "la Universidad es un legado de la civilización griega y la civilización moderna. El espíritu de investigación por la discusión que germinó en la Academia y el Liceo, reaparece en las gentes de toda Europa congregadas en los 'estudios' de Bolonia, París, Oxford y Salamanca, los grandes centros culturales que sobresalen entre los siglos XII y XV. Esta Universidad de la Edad Media, es a la vez una resurrección de las luces griegas, una herencia del sentido de organización que tuvieron los romanos y una expresión de la fuerza aglutinante y ecuménica del cristianismo, así como del poderoso movimiento corporativo y gremial de la Edad Media".¹⁴

No es necesario, pues, precisar que es en la Universidad donde el espíritu encuentra su clima natural, y de no menor importancia resulta el señalamiento de la necesaria relación que debe existir entre éste y la propia Universidad, ya que, "además es una Institución únicamente fecunda en el campo espiritual, nacida del espíritu y para el espíritu", como así nos lo expresa el tratadista Jaime Castiello Fernández del Valle. Este autor indica que el "rasgo característico de la Edad Media fue su ansia más o menos consciente de unidad orgánica. Ella creó los gremios obreros; ella instituyó la caballería, que no era al fin y al cabo sino un gremio militar, con su aprendizaje y maestrazgo, ella, finalmente (lo cual es su mayor timbre de gloria) dio a luz la institu-

¹³ DR. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ, *Estructura y Destino de la Universidad*. "El Porvenir", 16 de junio de 1961.

¹⁴ GABRIEL DEL MAZO, *La Reforma Universitaria y la Universidad Latinoamericana*, Buenos Aires, p. 34.

ción cultural más noble y más fecunda de Europa: los gremios de Maestros y estudiantes que constituyen la Universidad Medioeval".¹⁵

"He dicho —agrega el mismo autor— que la Universidad es un gremio constituido según el patrón de los gremios obreros. Y si examinamos los documentos más antiguos sobre las asociaciones escolares veremos que la palabra latina 'Universitas' no significa otra cosa. 'Universitas vestra' quiere decir vuestra pluralidad, vuestra multitud, vuestra asociación. Hay, con todo, dos clases de asociación entre los Estados Generales: La Asociación de Maestros, que es característica de París y las Universidades francesas, y los gremios de estudiantes que nacieron en Bolonia y que forman el prototipo de las Universidades".¹⁶

Resulta por demás interesante observar la génesis histórica de la Universidad, considerando el alto valor que significa para el conocimiento en el hombre, así como el valor, no solamente sociológico, sino fundamental educativo que encierran las instituciones universitarias. "La primera nota constitutiva de la esencia de la Universidad está dada en el *etymo*, en la significación raigal de esta palabra, que vive en ella como en la semilla la flor, nos advierte Roberto Agramonte. Universidad es primordialmente Universo, Universo es *unus vertere*, lo que siendo diverso se resuelve o se combina en lo uno, lo que tiene unicidad o unidad o univocidad, lo que se opone a la descomposición, a la fragmentación; en una palabra, lo que constituye un sistema. Una Universidad ha de tener —en su propio tamaño— esa unidad del universo que las Escrituras Védicas llaman el Unico-Uno, que es lo que posibilita la perenne movilidad del cosmos y lo que nos anuncia que todas sus partes están dotadas de esa Fuerza-Una, sin la cual el cosmos se hubiera quedado en la nada, que es el no existir.

"Una Universidad es Universidad cuando refleja en su ser la unidad cósmica del Universo, cuando es totalidad y armonía de sus partes constitutivas tal como se manifiestan en una superior unidad funcional, en una Vida-Una, en una *entelequia*. Esa fuerza que mueve a ese sistema que es la Universidad es su alma, el *Alma mater*: madre que es nutricia, madre que es noble, o simplemente madre que *es*".¹⁷

En relación con la organización original que adquirió la Universidad, es interesante conocer las observaciones de Gabriel del Mazo, que al respecto nos dice: "Las bases de la cultura antigua subsisten a través del mundo romano, pues son de nuevo las "Siete artes liberales", con su "trivium" y

¹⁵ DR. JAIME CASTIELLO FERNÁNDEZ DEL VALLE, *La Universidad* (Estudio Histórico-Filosófico). Ediciones Proa. México, 1933, p. 11.

¹⁶ DR. JAIME CASTIELLO FERNÁNDEZ DEL VALLE, *Ibid.*, p. 16.

¹⁷ ROBERTO AGRAMONTE, *Sociología de la Universidad*. Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad Nacional. México, D. F., 1948, pp. 9 y 10.

"cuatrivium" (letras y ciencias), el fundamento de los estudios universitarios, como lo son en nuestros días; pero a diferencia de los gimnasios griegos, las universidades medievales realizan el ideal del pensamiento organizado. En consecuencia, no están constituidas por maestros aislados sin lazos con las organizaciones de la sociedad ni leyes de recíproco vínculo. Tienen un programa y una responsabilidad predeterminados y constituyen una comunidad de trabajadores intelectuales establecida en derecho. Eran las Universidades de Europa Occidental, que llegaron a ser 80 en el siglo XV, asociaciones autonómicas de libre agrupación, destinadas a proteger, dilucidar, ordenar y transmitir el saber de su tiempo y abordar el estudio de las profesiones sociales, que eran, el sacerdocio, el derecho y la medicina; y, por la hermandad entre sus miembros sin distinción de origen social o de país, profesaban en su seno un principio igualitario, que estaba lejos de reconocerse en la ley o en las formas generales de convivencia en la sociedad de entonces, dando el primer ejemplo de una organización puramente democrática.

"El contenido de la enseñanza, su amplitud y sus objetivos han ido variando a través de los siglos según las sucesivas modalidades prevalentes, pues las innovaciones religiosas, políticas y sociales, dejaron en las Universidades su signo, o recibieron de ella su influjo, pero en muchos aspectos, particularmente en los organizativos, aquellas Universidades constituyen un insustituible ejemplo para las Universidades actuales".¹⁸

Mas si en el orden puramente material, las Universidades empiezan a dejar sentir su presencia, en lo espiritual es mucho mayor esa presencia, como así es de observarse —en el curso de su génesis— en el caso de la Universidad de París, que con maestra mano, nos pinta el doctor Castiello. Escuchémosle:

"Ha sido siempre achaque de la humanidad buscarle a todo hombre famoso un padre ilustre. Lo mismo pasa con las instituciones, y así no ha faltado quien quiera asignar la paternidad de la Universidad de París a Carlo Magno y a su escuela palatina. Esto no es verdad. La única relación que Carlo Magno tiene con París, es la de haber renovado todas las escuelas del imperio, y de este modo, indirectamente, también las parisienses. La primera escuela de que se tenga noticia en París es la de San Remigio, hacia fines del siglo IX. Otras escuelas había además de ésta, pero no eran, ni mucho menos, famosas. Por lo que atañe a la Universidad, ésta nació de la escuela catedral parisiense, insignificante hasta fines del siglo XI, cuando Guillermo de Champeau vino a darle renombre. Por primera vez en esta

¹⁸ GABRIEL DEL MAZO, *La Reforma Universitaria y la Universidad Latinoamericana*, *Ibid.*, p. 75.

época, la escuela catedral de Notre Dame logra rivalizar con las escuelas de Chartres, Rheims o de Bec. Abelardo fue su primer profesor genial, y su presencia en dicho centro hizo confluir a París todo lo más brillante de Europa. La historia de los gremios magistrales de París es sencillamente la crónica de sus luchas con el canónigo maestrescuela o canciller, con los ciudadanos y con el Rey. No menos peligrosas, pero más violentas, eran las luchas de la cofradía de maestros contra la burguesía de la ciudad. Dos años duró la dispersión hasta que en 1231 el Papa intervino y se hizo justicia a los estudiantes.

“La Edad Media no conocía lo que para nosotros parece una evidente y necesarísima división de estudios. La enseñanza secundaria y la superior estaban ambas en la Universidad. Entre las Universidades de la Edad Media, París es la única situada en una gran capital. De aquí quizás el papel tan importante que tuvo en la política nacional de Francia y aun en lo internacional”.¹⁹

Como el tratar de seguir el curso del saber, tanto en sus más altas manifestaciones del conocimiento, como la filosofía, o bien el de las ciencias meramente, tomaría mucho más de los límites convenientes para un estudio de esta naturaleza, sí es necesario detenerse prudentemente, en la observación de las universidades españolas, las que indudablemente presentan los primeros aspectos legales de constitución propia, como así sucede en las leyes en pro de la Universidad, de Fernando III y de Alfonso X, los “reyes escolares” españoles, en donde puede establecerse el origen de la verdadera organización universitaria y por ende, el de las colonias de España en América. Gabriel del Mazo, nos señala que en el “Código de las Siete Partidas”, de Alfonso el Sabio, primer estatuto de educación superior en Europa y primera legislación universitaria de Estado en el Mundo, es la carta que inspira y rige la vida de las universidades españolas en la península y en esta América hasta las reformas de Carlos III en la segunda mitad del siglo XVIII. Las Partidas definen los *studia generalis* desde los aspectos de la disciplina, organización de la vida de los estudiantes y expedición de diplomas, hasta la habitación de los profesores, los temas de la enseñanza y de la jurisdicción autónoma de la Universidad. Estas leyes, que abren una era en la historia de la educación, son las primeras también que prescriben y hasta hoy siguen dando normas sobre la organización de la Universidad en “ciudad universitaria”. Dicen: “De buen ayre, e de fermosas salidas debe ser la villa do quisieran establecer el Estudio, porque los maestros que muestren los saberes a los escolares que los aprenden, vivan sanos en él, e puedan folgar, e recibir placer en la tarde cuando se levanten cansados”.

¹⁹ DR. JAIME CASTIELLO FERNÁNDEZ DEL VALLE, *La Universidad. Ibid.*, pp. 16 y 17.

“De la Salamanca española, que sobresalió entre las universidades de Europa con sus cuatro mil estudiantes y más de ocho mil matriculados, y con sesenta cátedras, y de la Universidad de Alcalá que uno de los Siglos de Oro añadió como nuevo modelo, parte la fundación de las primeras universidades de nuestro Continente: Las Mayores, con sus cuatro facultades (la preparatoria de Artes y las profesionales, de Teología, Derecho y Medicina), como las Universidades de México y Lima entre otras, y las Menores o incompletas”.²⁰

Por circunstancias que habrían de rodear a las Universidades, por lo general, estuvieron abiertas a todas las corrientes del pensamiento, si bien, la influencia del Estado habría de ser preponderante, debido a razones de carácter económico o político. En el siglo XIII se produjo el florecimiento de las Universidades en el mundo del saber, y en el Renacimiento el prestigio cultural se desplegó preferentemente fuera de ellas y dejaron de dirigir la vida intelectual. “Durante la Reforma Protestante —como nos dice el autor citado— y después durante la Reforma Católica, fueron entidades de combate mezcladas al orbe político, entregando su economía, en el primer caso al Estado y las segundas a la Iglesia, convencidas unas y otras, de su responsabilidad ante la sociedad cristiana dividida. Hasta que con el siglo XVII las Universidades se repliegan a sus deberes específicos y asumen intensa dedicación al saber que el Renacimiento había promovido. Fue un siglo de pensadores, que traspasa al porvenir los gérmenes intelectuales de lo que llega a ser la Universidad Moderna, nacidos, no de la vida de relación de las Universidades con los Estados o el vivir externo, sino del propio e íntimo despliegue del conocimiento.

“Del pensamiento de Newton y Locke surgieron las ideas de la Enciclopedia y del “Aufklaurung”, es decir del Iluminismo del siglo XVIII, y así las “lucres” se proyectaron sobre las instituciones de la época, entre ellas muy caracterizadamente sobre la educación, con su racionalismo, su preferencia casi excluyente por las ciencias matemáticas y de la naturaleza y su utilitarismo, que en el siglo XIX se exacerbó con el desarrollo de la nueva clase social elevada por la vida económica industrial”.²¹

Con la panorámica anterior, es posible, entonces, observar la trayectoria que la Universidad ha seguido hasta nuestros días, de la que se desprende el valimiento de su misión, y el hecho de su multiplicación en todos los confines del mundo; ya que si sus características varían en tratándose de instituciones europeas o americanas, su misión específica que es la de encauzar y acre-

²⁰ GABRIEL DEL MAZO, *Ibid.*, p. 64.

²¹ GABRIEL DEL MAZO, *Ibid.*, p. 72.

centar el pensamiento así como transmitirlo, ha permanecido hasta nuestros días.

Sin embargo, se puede preguntar la forma en que la Universidad de nuestro tiempo puede constituir, en sus respectivos campos de acción, un medio salvador a las tensiones que actualmente sacuden a la humanidad, o por lo menos, uno de los coadyuvantes que necesariamente el hombre tiene que emplear en la tarea de salvarse a sí mismo, así como al tesoro de su cultura, después de analizar que otros medios no han sido lo suficientemente eficaces para verificar esa magna tarea.

Cuando observamos los principios que animan a la Constitución de la UNESCO, se observó que se hablaba de "*la paz, a través del entendimiento*" y también fue posible reconocer que esa Institución no pudo, al menos en sus principios, de acuerdo con la sagaz advertencia de los autores norteamericanos que participaron en sus actividades iniciales, el obtener la precisión acerca de las relaciones entre la *educación*, el *entendimiento* y *paz*.

La radicación del problema es, pues, la aceptación de que el medio más adecuado para llegar al entendimiento entre los humanos para obtener la paz, es la educación. Si bien, entendiéndolo, que el concepto de educación es de naturaleza no muy limitada, ya que comprende diversos ciclos, y en el caso de nuestro estudio, la Universidad se ocupa solamente de los superiores. Surgen, por tanto, dos problemas: la educación de los primeros ciclos debe ser adaptada a las nuevas circunstancias, proyectándola fundamentalmente al hombre dentro de todas las características pedagógicas aconsejables. En el otro aspecto la Universidad se enfrenta a una nueva situación, en la que el Humanismo y las ciencias no deben colocarse como adversarios, sino por el contrario complementarse, quitando los elementos diferenciadores, cuando por ejemplo se habla de la Filosofía de la Ciencia.

La cultura es uno de los valores que puestos al servicio de la humanidad, puede acabar con los resultados funestos de la ignorancia y de los prejuicios; por tanto, la educación debe tener un contenido moral, objetivo y pedagógico y debe despojarse de cualquier influencia doctrinal, o peor aún, de la tendencia materialista.

Si, como dijimos, la cultura no es una panacea, es un medio que acerca a los hombres por el conocimiento y la comprensión. La soberbia derivada del progreso científico y de los logros obtenidos, no debe avasallar a la idea del conocimiento del hombre, fundamentalmente, del reconocimiento básico de su espíritu, porque si esto se soslaya, los objetivos de la educación llevan indefectiblemente la trayectoria a los resultados que se observan en nuestro tiempo.

La existencia de los valores inmutables, así como de los principios de tal naturaleza, lo son, no por el capricho del hombre, sino porque han demos-

trado su bondad y eficacia con el paso de los años, por tanto es posible que tales principios sean ajustados de acuerdo con el ritmo del progreso científico alcanzado.

La Universidad, depositaria del espíritu, tiene, pues, la misión de preservarlo a través del empleo de la cultura para el bien del hombre. De la Universidad han salido, a no dudarlo, los hombres que han regido los destinos de todas las naciones; en la Universidad, pese a ideas en contrario, vive el pensamiento, gracias al esfuerzo cotidiano del paso de las generaciones por sus aulas. Urge pues, que la Universidad realice una labor de análisis y de introspección, frente a la realidad angustiosa de nuestra Era y que, recogiendo, valorando y adecuando su acción y su contenido, en proyección fundamental hacia el hombre, realice la acción de salvar, no solamente a la cultura, sino a ese hombre que espera tanto de la Universidad del porvenir.